

El Rvdmo. Daniel G.P. Gutiérrez

Diócesis de Pennsylvania

+++

Tiene que ser la mujer del pozo. Jesús siempre nos está enseñando. Sabemos que los samaritanos y los judíos se despreciaban mutuamente. Los apóstoles advirtieron a Jesús que no pasara por Samaria. Sin embargo, Jesús va, y va solo. Luego, Jesús espera intencionadamente junto al pozo y rompe las reglas hablando con una samaritana marginada porque Él es amor. Lo sabe todo de ella. Sabe que es inteligente, curiosa e incluso desafiante. Jesús afirma su dignidad. No le exige que primero corra a la sinagoga, se limpie, resuelva sus problemas o comportamientos pecaminosos y luego venga a verlo. Se encuentra con ella allí donde está. Jesús le muestra el rostro de la belleza y el amor incondicional de Dios. Esta marginada sin nombre es la primera persona a la que Jesús revela su mesianismo. Llena de esperanza, sale corriendo y muchos, muchos creen en él gracias a ella. A través de Jesús encuentra y vive su propósito.

La irrupción del reino de Dios se está produciendo ahora mismo. No olvidemos nunca que no terminó hace 2,000 años. Por lo tanto, no podemos vivir en el pasado. Dios siempre está haciendo algo nuevo. Y no podemos esperar a que la gente venga a nosotros. Vayamos al encuentro de las personas allí donde se encuentran en la vida.

No necesitamos estadísticas ni programas sofisticados. Es el encuentro con Jesucristo, una persona a la vez. Porque creo que el amor crece en incrementos de uno. Ya sea una mujer samaritana, un adolescente transexual, un anglosajón desempleado, una madre soltera, niños víctimas de la trata, el preso, el conserje, la mujer que limpia nuestros hoteles o nuestros vecinos, vayamos hacia los “sin nombre” hacia donde nos dicen que no vayamos. Y cuando se encuentren con Cristo, estoy seguro que saldrán y muchos creerán gracias a ellos.

Como Iglesia, debemos seguir avanzando, desafiando los sistemas, anulando todo acto de injusticia y derribando los muros que nos separan. Jesús le dijo a la mujer que adorar

a Dios no se hace en templos ni en montañas, sino en espíritu y en verdad, el corazón y luego la cabeza, para encontrar a Dios de maneras que nunca antes habíamos experimentado. El que descubrimos inesperadamente y nos habla al corazón, el que está lleno de sorpresas.

Ahora, ser diferente no significa que perdamos el Libro de Oración Común o la liturgia. Vive en el Espíritu. Si lo divino te habla en una liturgia solemne o en una sencilla, vívelo. Dios nos habla de diversas maneras. Aceptémoslo y no nos resistamos. Primero el corazón y luego la mente. Después, esforcémonos por crear un espacio no de mera bienvenida, porque eso denota posesión y poder, sino de pertenencia. Eso significa que si no estás en la mesa, un asiento está dolorosamente vacío. Si no formas parte de la conversación, está incompleta. Formemos una iglesia o, en esencia, nuestra familia, un lugar de pura pertenencia donde realmente te sientas parte.

También vemos que Jesús nos dice: “Sé tú mismo, haz lo tuyo, sé diferente”. Dios nos creó a cada uno de nosotros de forma única, por una razón, porque la vida en Cristo nos libera y nadie debería tener que encajar en la iglesia. De hecho, necesitamos más personas inadaptadas, marginadas, artistas, visionarias, escépticas, errantes, cómicas, místicas, rebeldes, soñadoras, amantes y discípulas, personas que sean diferentes. El mensaje más importante de nuestro Evangelio que él transmite a la mujer, de palabra y obra, es que eres perdonada, hermosa y amada. Tú, como persona, eres reconocida y escuchada. Siempre hay un lugar para todos en este hermoso cuerpo de Cristo.

No soy el típico obispo episcopal. Ni lo luzco ni trato de encajar. Soy un chicano pobre del lado triste de las vías del tren, que tuvo que aguantar, aprender resiliencia y luego vivir, amar y sentir compasión. El amor de Jesucristo y de la gente fiel me dio esperanza, y debo compartirla con todos los que encuentro.

Creo que la Iglesia debe ser *fe* y familia. Ahora imagina esa familia amando a todos los demás y viviendo con una audacia santa, no satisfecha con el *status quo*. Donde las fronteras y los límites no sean obstáculos ni callejones sin salida, sino retos que afrontar y nuevas oportunidades que explorar. Una iglesia que anteponga las personas a los juegos políticos, a la comunidad en lugar de los comités, a la vida encarnada en lugar de

las instituciones, a las oraciones en lugar de los programas, al discipulado en lugar del adoctrinamiento, a las relaciones en lugar de las represalias, al servicio en lugar del estatus.

Una presencia santa, radical y revolucionaria en este mundo, el pueblo de Dios, una familia dispuesta a ensuciarse, a ser lastimada, a ser vulnerable, a desafiar al sistema y a transformarse, transfigurarse y trascender. Creo que cuando la gente vea lo que estamos haciendo, sus corazones se enardecerán. Dirán: esos episcopales van a lugares peligrosos. Alimentan a los hambrientos, visten a los desnudos, cuidan a los enfermos, respetan la tierra, acogen a los marginados y crean un hogar al que pertenecen los extranjeros y los discriminados. Esa iglesia áspera y desordenada, sin miedo a correr riesgos, sin miedo a fracasar, sin miedo a amar. Sí, son diferentes porque son una iglesia de pobres. Compasiva, misericordiosa y amorosa. De hecho, lucen, actúan y aman como Jesús.

Bendiciones.

Muchísimas gracias.